

IX

Y por fin, al caer los dos rivales,
apareció de pronto *la Rosales*,
y tendiendo la mano
una vez á Salcedo, otra á Margano,
iba echando sobre ellos
más que á rizos, á oleadas sus cabellos;
y conforme gentiles los ambientes
derramaban sus rizos,
por los cuerpos de entrambos combatientes
volaban unos fríos corredizos;
y al ver al lado una mujer tan bella,
los celos aumentaron su despecho,
y mucho más viendo ondular en ella
los trémulos contornos de su pecho.

X

Y ¿Torralba? Torralba el licenciado,
nacido en Cuenca, en Roma recriado,
y que ilustró su nombre,
desmintiendo el adagio que decía
que pierde, cual las plantas, la energía
de patria en patria trasplantado el hombre,
por Zaquiel informado
del duelo comenzado,
sus rencores olvida
y corre á proteger á su ex querida
con paso acelerado,
que, en la balanza del amor, lo amado
pesa más que el honor y que la vida.
Llegó Eugenio Torralba acompañado
de don Diego de Zúñiga, su amigo,
un hombre que al mirar lo hace de lado
como cierto bribón que yo maldigo;
y al ver los moribundos de soslayo
que Torralba se acerca alta la espada,
le lanzaron los dos una mirada
más ardiente y más rápida que el rayo.
Y viendo ya en Torralba y Catalina
un Plutón que arrebató á Proserpina,
como ya moribundos no pudieron
levantar las espadas,
al puñal acudieron,
y aquellos castellanos cometieron
la infamia de matarla á puñaladas.
¡Gloria al amor! hasta de aquella suerte
la encontraron más bella;
que á rostros como el de ella

los embellece todo, hasta la muerte:
y al ver á eterna sombra condenado
el amor que sus almas enajena,
cada cual por su lado,
al morir, aquel rostro idolatrado
lo besaron los dos á boca llena.

XI

Viendo la muerte de su antigua amante,
rugía el Licenciado delirante
como rugen los diablos del infierno,
y desde aquel instante
se quedó en su semblante
la palidez de un estupor eterno.

XII

En esta confusión de confusiones,
cuando mezclados al rumor del río
quejas de amor, suspiros, maldiciones,
lo lleva todo el aire hacia el vacío,
salió de Catalina el alma pura
de su cuerpo hechicero,
y siguiendo el sendero
de su antigua ternura,
voló á Torralba, el hombre que primero
el cendal recorrió de su hermosura.
Y envuelto entre la nube peregrina
del alma, antes infiel, de Catalina,
por la margen del Tíber más desierta
huye Torralba, tras mejor fortuna,
mientras con luz incierta
alumbra á los tres muertos, una luna
que parece la cara de otra muerta.

SEGUNDA PARTE
EL HOMBRE

CANTO QUINTO

TORRALBA BUSCA LA DICHA EN EL ESPÍRITU

I. Torralba se convierte á lo ideal.—II. El alma de Catalina.—III. Amor de Torralba al espíritu.
—IV. Torralba no halla la dicha en el espíritu.—V. Maldición contra lo ideal.—VI. Reflexiones sobre el dios Pan.—VII. Deficiencia de la alquimia.—VIII. El astrólogo fray Pedro.
—IX. Torralba, maldiciendo á Platón, marcha en busca de unas hechiceras.

I

Siempre fué muy devoto el Licenciado
del amor sin cendales; pero ahora,

por las luchas del cuerpo fatigado,
la nostalgia del alma le devora;
y ya no está conforme
con la que él proclamó sana doctrina
de que en la raza infiel de Mesalina,
más que el cuerpo, es el alma lo deforme.

II

Al salir de aquel cuerpo apuñalado
el alma de mujer tan hechicera,
ve Torralba en el aire un ser formado
de una mezcla de real y de quimera;
y cuando ella se aleja, ó se avvicina,
como una niebla blanca en la neblina,
del sol ó de la luna á los reflejos
el alma de la muerta Catalina
parece cerca luz y sombra lejos;
y de la frente de Torralba en torno
el ser indefinible é indefinido,
circula convertido
en el vago contorno
de un sueño no del todo interrumpido,
por lo cual, al hallarse el Licenciado
de aquella sombra celestial rodeado,
se pregunta y responde de este modo:
—¿Para qué sirve un alma? ¡Para todo!—

III

Pasa tiempo, y aunque es un caballero
Torralba el Licenciado,
os diré, santiguándome primero,
que cree que en el amor nada es pecado;
y siempre tentador, encender quiere
en la sombra querida
ese fuego inextinto de la vida
que nace, luce, nos abrasa y muere.
Ella á su amor ardiente
responde con platónica ternera,
y como es tan frecuente
que el mal de amor lo irrite la pureza,
el amante enloquece,
y á fuerza de admirar, pierde el reposo,
y su deseo crece
de aquella alma al aspecto delicioso,
lo mismo que enardece
la pureza glacial de un fruto hermoso;
y Torralba se siente
cada vez más y más enardecido,

EL LICENCIADO TORRALBA



En la lucha de amor de aquel pagano
con la sombra ideal de Catalina,
ella sentía una afección divina,
pero él buscaba en el amor lo humano.

(Segunda parte.—Canto V.)

Y al fin otra hechicera jubilada,
más fea que una grulla disecada,
dijo ciertos conjuros que sabía,
y con tino evocada,
Multiércula se alzó galvanizada,
mas dormida por dentro todavía.

(Segunda parte.—Canto VI.)

al ver que ella le abraza tiernamente
 como una madre á su primer nacido:
 y, cuanto más en su ilusión se agita,
 con tristeza infinita
 ve Torralba que un alma pudorosa
 que la pasión no excita,
 es una tierna esposa
 que no da compañía y que la quita.

IV

En la lucha de amor de aquel pagano
 con la sombra ideal de Catalina,
 ella sentía una afección divina,
 pero él buscaba en el amor lo humano;
 y en su sensual empeño
 queriendo ser de su hermosa dueño,
 el alma hacia sus labios atraía,
 y aquello, más que goce, parecía
 un ósculo de amor dado en un sueño;
 y en su incipiente hastío
 ve que el aliento de su boca es frío,
 que en sus ojos hay luz, pero increada,
 y un día, en su creciente desvarío,
 quiso unirse á la sombra idolatrada,
 tendió los brazos y estrechó el vacío.
 No pudiendo gozar de aquel hechizo
 era su rabia tanta
 que la sangre, estancada en su garganta,
 le ahogaba como un nudo corredizo.
 Insiste, pero jínútil devaneo!
 queriendo realizar su amor de fiera,
 con su brega amorosa ni siquiera
 terraplana el abismo de un deseo;
 y aunque lucha con fe desesperada,
 aquel cuerpo gentil de luz rosada,
 va enfriando sus labios con sus besos,
 y él, viendo su ventura defraudada,
 ya el fastidio gangrena hasta sus huesos;
 y jadeante y rendido,
 ya Torralba confiesa
 que más que la materia, á veces pesa
 el alma, como un mundo desprendido.
 ¡Esta raza de Adán, por sus pecados
 vive á lucha perpetua condenada!
 ¡Traen lo real y lo ideal aunados
 la guerra declarada;
 y son, uno del otro separados,
 lo real la muerte, lo ideal la nada!

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
 BIBLIOTECA INTERNA
 "ALFONSO REYES"
 Audo. 1625 MONTERREY, MEXICO

V

Sintiendo ya que es un ensueño vano
 aquello que no viste el barro humano,
 vuelve á amar su razón arrepentida
 la materia, *alma mater* de la vida;
 y repite con voz desesperada:
 —¿Para qué sirve un alma? ¡Para nada!—
 Y queriendo insistente
 realizar sus ardores,
 en aquel ser de luces y vapores,
 tanteaba inútilmente,
 como el que busca entre la nieve flores;
 mas juzgando á aquella alma tan querida
 del cuerpo separada,
 como una fementida
 que deja su pasión irrealizada,
 después de apellidarla «¡maldecida!»
 dice con voz por el rencor ahogada:
 —¡Quien ama sólo el alma, echa la vida
 en el fondo sin fondo de la nada!—

VI

Después, teniendo en cuenta
 la falsa teoría
 de un gran naturalista que creía
 que el amor sólo es carne que fermenta,
 —Es cierto— se decía;—
 cuando el dios Pan vivía
 ya existían placeres
 y el alma de los hombres y mujeres
 no se había inventado todavía.
 Y pues me es conocida
 la evolución interna
 de ese gran dios de la materia eterna
 que juega con la muerte y con la vida,
 yo haré, sin alma, una mujer querida,
 en honor de ese dios que, aunque sin gloria,
 en los tiempos presentes y pasados
 va mirando á otros dioses destronados
 rodar por los desvanes de la historia!
 Y al hecho; y con la oculta panacea
 de cien sabios doctores
 fabricaré una máquina de amores,
 apartando lo real de toda idea,
 y hará mi alquimia una mujer que sea
 toda hembra en la expresión de sus ardores.—

VII

Y prepara un matraz donde fermenta
 sangre desfibrinada,
 mucho almidón de grano de cebada,
 y cáseo de la leche de jumenta.
 Y añade, revolviendo la mixtura:
 —Yo haré una criatura
 con todo el arte del amor pagano;
 y verán que es locura
 el creer que consiste la hermosura
 en tener alma sana en cuerpo sano.—
 Cuando en el fondo del matraz vea
 como una luz espesa y temblorosa
 carne de nieve y rosa,
 Torralba, casi loco de alegría,
 en aquella hermosura
 por detrás, por delante y por los lados,
 esculpió unos contornos redondeados
 con cierta plenitud que no es gordura.
 Y con humos de artista consumado,
 con una fe más ciega que discreta,
 como á la Venus griega, el Licenciado
 le hizo un cráneo de estúpida completa.
 Y cuando al fin, más muerta que dormida,
 mira en el fondo del matraz nacida
 una mujer hermosa
 que sería preciosa
 para el establo de un harén vendida,
 perdió su ciencia, con la fe, la calma,
 pues vieron sus sentidos insaciables
 que son indispensables
 á la antorcha la luz, y al cuerpo el alma.

VIII

Mirando que, del alma despojada,
 no da emoción alguna
 aquella carne fresca y nacarada
 como un mármol bañado por la luna,
 llamó á fray Pedro, un dominico astuto,
 que le dijo, al llegar, de esta manera:
 —Este cuerpo sin alma es una fiera
 que echa el tufillo montaraz del bruto.
 Tú sabes bien, porque á Platón leíste,
 que todo aquello que la mente crea
 la materia lo viste;
 y que es cuanto ha existido y cuanto existe
 la imagen corporal de alguna idea.
 No has mezclado lo puro con lo impuro,

y á esta mujer le falta, de seguro,
 por más que tu empirismo no lo estime,
 un aliento dé arriba que la enime,
 ya en forma de oración, ya de conjuro.—
 Y dándole un papel, le dice:—Toma;
 cuando salgas de Roma
 sigue ese itinerario,
 y encontrarás á la hechicera Estrella,
 que usa traje talar como un sudario,
 y que más de una vez sonó por ella
 la lira de un poeta secundario;
 y ella hará que te den las hechiceras
 el oculto ingrediente
 de una ciencia que va rápidamente
 retirando del cielo las fronteras.
 Con su conjuro, opino
 que encontrarás el medio
 de hallar el *quid divinum* femenino
 que arrastra á la emoción que acaba en tedio.
 Después que esté *Muliércula* formada,
 la llevarás para acercarla al foco
 del fuego del infierno, y ya tostada,
 tendrá, cual debe, la mujer creada,
 algo de Dios y del demonio un poco.—

IX

Y obediente á fray Pedro, que sabía
 mucho más que de fe, de hechicería,
 dejando la región que el Tiber baña,
 Torralba, con constancia verdadera,
 se vino á consultar con la hechicera,
 y á hacer una visita al sol de España.
 Y emprendiendo su marcha convenida,
 pensaba así, de desaliento lleno:
 —Toda hija de mujer es cieno y vida,
 y aunque ésta, torpemente concebida,
 como hija de mi ciencia, es sólo cieno,
 si he de trocar miseria por miseria,
 prefiero en mis amores,
 mucho mejor que á místicos pudores,
 entregarme feliz con la materia
 á delirios de amor abrasadores.
 ¡La balumba ideal! ¡maldita sea!
 ¿Cómo habrá un hombre racional, que crea
 que en la vida no existen más placeres
 que aquellos que son hijos de una idea?
 ¡Oh, divino Platón! ¡qué imbécil eres!—

CANTO SEXTO

TORRALBA BUSCA LA DICHA EN LA MATERIA

I. Las hechiceras.—II. Llega Torralba á la gruta de las alquimistas.—III. La gruta.—IV. Diálogo entre Torralba y la hechicera Estrella.—V. Ingredientes para formar un cuerpo.—VI. Conjuros para animar un alma.—VII. Triunfo incompleto de la ciencia.—VIII. Viaje de Torralba al infierno.—IX. Adiós de las hechiceras á Torralba.

I
 Fiado en mi memoria
 vuelvo á coger el hilo de mi historia,
 contando, entre otras cosas verdaderas,
 que, con su gran pericia,
 á Torralba fray Pedro dió noticia
 de un buen laboratorio de hechiceras,
 excelentes mujeres
 que viven, en honor á sus amores,
 criando calendarios con las flores
 para medir con ellos sus placeres;
 y que son además, según se cuenta,
 involuntarias vírgenes que mueren,
 y, no teniendo gloria merecida,
 se quedan en la vida
 haciéndose invisibles cuando quieren;
 y así las hechiceras,
 como suelen hacer nuestras quimeras,
 por no sé qué razón de nigromancia,
 al irlas á tocar, desaparecen,
 y después se aparecen
 á tres ó cuatro pasos de distancia.
 Sabias, aunque inocentes,
 nunca huyen de las gentes
 por un falso pudor; las hechiceras,
 además de ser vírgenes solteras,
 por los ardores de su fuero interno
 son madres verdaderas
 con hijos en la mente del Eterno.

II

Un día que tronaba,
 abrió un rayo de un tajo
 una brecha en un monte, que criaba
 el haya arriba, el limonero abajo.
 Y Eugenio de Torralba, de esta brecha,
 por el mandato de los cielos hecha,
 aunque un poco indeciso
 en continuar la comenzada ruta,

apartó un gran rosal, y de improviso
se encontró en una gruta
que era, más bien que un cielo, un paraíso.

III

¡Qué hermosura, Dios mío!
Mientras vuela una brisa humedecida
con alas impregnadas de rocío,
con la torsión de una culebra herida
en rápidos zigzags se extiende un río.
Cual si fuese la gruta un santuario,
ve Torralba en estado visionario
la aérea inhalación de unas cascadas
por gusanos de luz iluminadas,
y un encaje arabesco y legendario
esculpido en las rocas por las hadas,
y que hacen de la gruta el escenario
de *Las mil y una noches* compendiadas.

IV

Dió Torralba su nombre y su apellido,
y después, comedido,
se acercó á doña Estrella, una hechicera
que esperando marido
se pasó setenta años de soltera,
y le dijo:—Mi mente soñadora
buscaba en los amores la inocencia;
amé mucho en espíritu, y ahora
aspirando al placer sin turbulencia,
como otros el *Homúnculo*, señora,
yo busco la *Muliércula* en la ciencia.
Y haré una creación, cuya hermosura
despierte en mí pasiones sin locura,
porque amigo del juego y las mujeres,
ya, como hijo de Adán de raza pura,
sólo aspiro á los fáciles placeres.
—Está bien, está bien; tú te propones
crear una mujer sin ilusiones—
contestó doña Estrella,—y según eso,
vendrás á ser, sin corazón ni seso,
de esos hombres de bien que en sus pasiones
toman la carne del amor al peso.—
Y él replicó:—Quiero algo que refrene
las locuras extrañas
de mi espíritu inquieto, que sostiene
esta guerra civil que siempre tiene
por campo de batalla las entrañas.—
Estrella continuó:—Por ignorante,

tú buscas, hijo mío,
lo que hay en el amor de repugnante.
¡Lo que el alma no llena, está vacío!
Tú, dejando el amor por el amante,
cambiarás la inquietud por el hastío.—
Y diciendo:—¡Adelante!—
le muestra en el semblante
una risa de estatua que da frío.

V

A una señal de Estrella, otra hechicera
arrastra hacia Torralba una caldera
en que hay cierto elixir de larga vida,
que lo sabe ella usar de tal manera
que, á más de una existencia indefinida,
hace un joven de un viejo, la embustera.
Y echando otro ingrediente misterioso
sobre el antiguo poso,
con un palo el brebaje revolvía,
y el talle, un poco largo, lo movía
con esa ondulación de un cisne hermoso.
Para avivar las llamas,
grita Estrella con frases imperiosas:
—Echa al fuego más ramas.
El calor es el alma de las cosas.
No olvides el empleo
de especies incentivivas del deseo.
Ponle sangre de ardilla;
y escoge buena arcilla
amasada con agua del Leteo.
Echa eso por igual, y haz bien la cuenta;
á dos partes de sal, dos de pimienta.—
Y después añadía:
—Más *oleum scorpionum* y más fuego.—
La ayudanta atizaba y revolvía,
y doña Estrella, luego,
—¡Más *oleum scorpionum*!—repetía.

VI

Después otra alquimista, en la caldera
filtra un rayo del sol del Mediodía,
porque sabe muy bien, como hechicera,
que es el clima del alma Andalucía;
junta al rayo de sol otro de luna,
y con arte mezclados
lo sustantivo y lo adjetivo aúna,
haciendo con fortuna
hervir dos magnetismos encontrados.

Y después doña Estrella,
que acababa con aire melindroso
de contar á Torralba, que por ella
jubiló á su mujer el rey su esposo,
trazando líneas vagas con un ramo,
emblema, por ser de oro, del dinero,
pronunció en doce idiomas el «¡Te quiero!»
y conjugó en catorce el verbo «¡Te amo!».
Y al fin otra hechicera jubilada,
más fea que una grulla disecada,
dijo ciertos conjuros que sabía,
y con tino evocada,
Muliércula se alzó galvanizada,
mas dormida por dentro todavía.

VII

Torralba, en la ilusión de sus placeres,
ve cómo crea su infalible ciencia
ese ambiente de amor, de luz y esencia
que vaga en derredor de las mujeres,
y cuya aroma en seducción iguala
al acre olor á creación que exhala
la concha de la Venus de Citeres.
¡Qué admiración! *Muliércula* tenía
cierta limpieza natural externa,
como á Venus adúltera dió un día
la espuma en que nació pureza eterna.

VIII

Y sintiendo el prestigio de la pura
exudación de luz de su hermosura,
Torralba la estrechó con ansia loca,
y le duró un minuto la blancura
de un beso que le dió sobre la boca.
Y al ver que de su amor como prefacio
le echa estas flores del jardín de Horacio
á una mujer tan bella
que sería un asombro en un serrallo,
la virgen doña Estrella
piensa... ¿en qué? Yo lo sé, pero lo callo.
Y por fin la hechicera mal pensada,
le dijo conmovida:
—Al fuego del infierno bautizada,
será su pecho un Etna sin salida.
La llevarás tú mismo
del infierno al abismo,
y á aquel fuego maldito sometida,
adquirirá en seguida

el *ánima* del bello paganismo,
que, siendo menos que alma, es más que vida.—
Y así, bien orientado,
llevando enamorado
la hija artificial de su deseo,
fué al infierno á buscar el Licenciado
aquel fuego sagrado
que buscaba en el cielo Prometeo.

IX

Para darle un adiós, las hechiceras
salieron de su edén. Después, ligeras,
cruzando valles y salvando lomas,
tornaron á sus antros escondidos,
como se vuelven á buscar sus nidos
al palomar, volando, las palomas.

CANTO SÉPTIMO

TORRALBA BUSCA LA DICHA EN EL INFIERNO

I. Llegan Torralba y *Muliércula* al infierno.—II. El canónigo Juan García.—III. Las obras de Aristóteles.—IV. El archivero Butibamba.—V. La moral del diablo.—VI. Petrificación del infierno.—VII. Bautismo de *Muliércula*.—VIII. Aparición de las almas de Zaquiél y Catalina.—IX. Despedida del gran Demo al infierno.—X. El gran Demo se traslada á otro mundo en un cometa.

I

Como Dante algún día
sabios informes del abismo trajo,
en tiempo de Torralba se sabía
que era llana la tierra, y que tenía
el cielo arriba y el infierno abajo.
Caminando derechos
Torralba y su mujer por un atajo,
y atravesando á trechos
por montes empinados
sendas torcidas que parecen lechos
de arroyos por el sol evaporados,
buscaban, por dos montes oprimido,
cierto valle profundo
que es el antiguo infierno, convertido
en vertedero general del mundo;
y cuánto más al valle se acercaban,
la atmósfera cruzaban
unos aires malsanos,
pues conforme pasaban,
las faldas de las nubes se impregnaban
con efluvios de muerte en los pantanos;